

# LA MIRADA SOBRE MADRID: ANTICASTICISMO Y CASTELLANISMO EN EL DISCURSO FALANGISTA RADICAL DE LA INMEDIATA POSGUERRA

ZIRA BOX

Universidad Nacional de Educación a Distancia  
zbox@poli.uned.es

(Recepción: 03/05/2011; Revisión: 22/06/2011; Aceptación: 25/10/2011; Publicación: 20/03/2012)

1. TESIS Y ANTÍTESIS DE MADRID: CASTELLANISMO Y ANTICASTICISMO.—2. SÍNTESIS: UNA CAPITAL DE IMPERIO.—3. CONCLUSIONES.—4. BIBLIOGRAFÍA

## RESUMEN

El presente artículo explora el discurso falangista radical en torno a la crítica anticasticista que se hizo a la ciudad de Madrid. El objetivo del mismo es desentrañar qué significó este polisémico concepto —el casticismo/anticasticismo— poniendo de relieve las diferentes connotaciones que se le dieron para, a continuación, contraponer dónde se creía hallar el antídoto para estos males casticistas. La tesis que articula el trabajo es que tras la crítica a Madrid subyació una crítica más amplia sobre los males que asolaban a España, de la misma forma que, bajo la reivindicación de un Madrid que respondiese a la idea castellanista, puede encontrarse parte del discurso falangista sobre la nación.

*Palabras clave:* casticismo; anticasticismo; falangismo radical; nacionalismo falangista.

## THE LOOK AT MADRID: ANTICASTICISMO AND CASTELLANISMO IN THE RADICAL FALANGIST DISCOURSE OF THE IMMEDIATE POSTWAR

### ABSTRACT

This article explores the radical falangist discourse about the *anticasticista* criticism launched on the city of Madrid. The aim is to work out what was the meaning of this polysemous concept —*casticismo/anticasticismo*— highlighting the different connotation given to it. Next, what is settled down is where the antidote for the *casticista* deviation according to this discourse was. The thesis which articulates this paper is that beyond the criticism on Madrid lied down a wider one about the wrong that ravaged Spain. In the same sense, the idea is that under the claim of Madrid reflecting the ideal *castellanista*, is possible to find the falangist discourse about the nation.

*Key words:* casticismo; anticasticismo; radical falangism; falangist nationalism.

\* \* \*

En la compilación de textos escritos entre 1937 y 1942 y agrupados bajo el título de *Madrid nuestro*, Ernesto Giménez Caballero condensaba una serie de metáforas utilizadas para narrar la suerte y el destino de Madrid. A lo largo de los diferentes ensayos, y haciendo ostentación de su peculiar estilo literario, el escritor falangista se dedicaba a dar cuenta de la polisemia adquirida por Madrid durante su reciente historia contemporánea. En la pluma del singular autor, Madrid era múltiple: era, en un primer momento, la ciudad de los lamentos, la ciudad pecadora y extraviada, la ciudad desamparada y desolada que se trocaba, según iba avanzando la guerra, en la ciudad perdonada y absuelta, en la ciudad rescatada, la ciudad resucitada que finalmente se convertía, a partir de la victoria de abril de 1939, en la ciudad gloriosa abocada a devenir la capital imperial del Nuevo Estado. «¡Venid pueblos de España! ¡Venid pueblos del mundo! Miradla, mi ciudad. Amarga llora en la noche profunda de su cárcel. Tinieblas, cerco de fuego. Desolación, sangre y estiércol», escribía Giménez en un bélico 1937. La ciudad babilónica se arrepentía, y era entonces cuando, cual hija pródiga, se la recibía de nuevo en el seno de España, destrozada y vencida, hincada de rodillas y guardando silencio, presta para su exculpación y para transitar hacia su destino de glorias (1).

Ciertamente, el apretado resumen que realizaba el escritor era retóricamente efectivo: como se ve, a través de diferentes «exaltaciones», y muchas veces increpando entre exclamaciones directamente a la ciudad, el narrador situaba a Madrid en el centro del discurso. No era, sin embargo, una narración especialmente original, sino que se insertaba dentro del habitual discurso franquista sobre la capital: protagonista de un movimiento pendular, la urbe oscilaba desde la extrema cul-

---

(1) GIMÉNEZ CABALLERO (1944): 19-45.

pabilidad y condena hasta la apoteósica celebración de su capitalidad en el Nuevo Estado. Eran las circunstancias de la guerra las que, en buena medida, imponían el ascenso y caída de la suerte de Madrid, que pasaba de ser la ciudad anhelada durante el verano y el otoño de 1936, a la ciudad traidora que permanecía en manos republicanas, para volver a ser una ciudad liberada, redimida y perdonada tras la entrada de las tropas franquista a finales de marzo de 1939.

A la difusión de este mensaje contribuyeron los diferentes grupos políticos integrantes del Movimiento Nacional. También Falange lo hizo, como en el caso que hemos visto, y lo hizo empleándose a fondo en señalar con el dedo acusatorio la ubicación de las semillas del mal y el camino de rectitud que podía conducir a evitar los peligros inherentes a una ciudad que, de una forma u otra, siempre resultaba desconcertante. Una de estas vías de crítica fue el discurso anticasticista, un concepto relativamente vago y, a la par, suficientemente claro cuando se bucea en él. Un concepto, en cierto modo, comodín aplicado para criticar las negativas derivas en las que podía degenerar Madrid (2).

La intención de estas páginas es ahondar en este discurso, escasamente estudiado e, incluso, como nos recuerda Ismael Saz, erróneamente entendido por no poca parte de la historiografía, que ha tendido a subrayar acriticamente que el nacionalismo falangista fue casticista y folklorista (3). Para ello, el objetivo es desgarnar los diferentes significados que se asociaron a este término partiendo de la idea de que, tras la crítica al casticismo madrileño, late la concepción nacionalista elaborada por Falange. La acusación casticista nos sirve, entonces, para contraponer las dos Españas falangistas: aquella que arribaba a terrenos cenagosos y aquella otra con capacidad de renacer. La España que tenía que superarse y la España que tenía que construirse; en suma, el país que ya no podía ser y el que representaba los nuevos tiempos que daban nacimiento al Nuevo Estado. Madrid y España, por tanto, aparecen fluidamente intercambiables dentro del discurso estudiado: mirando a la ciudad, la capital desborda sus

---

(2) A pesar de la notoria deuda que el primer pensamiento falangista tuvo con Unamuno y la generación del 98, la significación que los fascistas españoles dieron a este término en su crítica a Madrid y, por extensión, a España, no sigue por completo la línea del complejo casticismo unamuniano. Para este último, el vocablo castizo derivaba de casta, que significaría lo puro, lo que no se ha mezclado. Castizo vendría a ser, entonces, lo que se mantiene en su pureza sin mezcla de elementos extraños. En cierto modo, para Unamuno habría dos posibles formas de expresión del casticismo: por un lado, lo castizo histórico, que habría conducido al nefasto prejuicio de que solo el aislamiento nacional preserva íntegramente la identidad colectiva. El resultado habría sido la hipertrofia, por falta de ventilación, de este espíritu colectivo y el enquistamiento de una situación crítica para el país. Por otro lado, existiría lo castizo eterno, aquel que ya no respondía a la historia sino a la intrahistoria, conformando el verdadero sustrato español. En este último caso, el enriquecimiento y desarrollo de lo castizo eterno se realizaría abriendo el país al exterior, oreando la patria al abrir las ventanas al campo europeo pero manteniendo, al mismo tiempo, la identidad nacional.

(3) SAZ CAMPOS (2003): 245. Como subraya el autor, y como se mantiene en estas páginas, esta idea sería falsa.

límites para funcionar como símbolo y condensación del conjunto de la nación, una nación — no se puede olvidar— concebida como un organismo cuya cabeza era, precisamente, la capital (4). En definitiva, la mirada sobre Madrid que tuvieron los fascistas españoles nos aporta datos —y ahí reside gran parte de su importancia— sobre la mirada a España que, en el específico momento de la inmediata posguerra, protagonizó este sector de vencedores en la guerra.

El ángulo que encierra este artículo es estrecho: lo es desde el punto de vista temporal, porque aquí se analizan exclusivamente los breves años en los que pudo existir un fascismo radical, esto es, hasta 1941-1942. Lo es, igualmente, desde el punto de vista del objeto de estudio: el discurso elaborado por este mismo fascismo radical y revolucionario. Discurso, se advierte, y no tanto los actos concretos en los que este pudo desembocar porque, aunque aquí se mira al Madrid de la posguerra, no es interés de estas páginas el análisis del diseño urbanístico de la capital —tan gráficamente expuesto en el plan que Pedro Bidagor elaboró en 1941— ni los resultados arquitectónicos logrados (5). También este texto es limitado en función de la línea crítica elegida: el arma arrojadiza que supuso la acusación casticista. Aunque no sean tratados a lo largo de las siguientes líneas, no se puede obviar, por consiguiente, que existieron, igualmente, otros sujetos centrados en criticar también a esa ciudad tan habitualmente odiada que fue Madrid —por ejemplo, un discurso mucho más reaccionario que el de los falangistas que recorren estas páginas— (6). Tampoco se puede ignorar que, incluso dentro de la propia narrativa falangista, se desarrollaron líneas críticas alternativas con respecto a la capital, estructuradas a partir de argumentos distintos del pendular casticismo —anticasticismo y centrados en la reivindicación del campo frente a la ciudad, como en el ruralismo que abanderó, principalmente, Onésimo Redondo (7). Por último, es obligado tener en cuenta que la larga historia del franquismo y, por ende, del falangismo, fue mucho más allá del arco temporal aquí elegido; paradójicamente, en los años inmediatamente siguientes, buena parte de las acusaciones lanzadas por el partido contra Madrid serían vueltas contra él desde la particular inquisición de los adversarios ideológicos del fascismo más radical (8).

---

(4) La teoría funcionalista organicista protagonizó el urbanismo de la inmediata posguerra. A argumentarlo, incluyendo el papel de cabeza que le tocaba cumplir a la capital, se dedicaron algunos textos clave del momento. Por ejemplo, las *Ideas generales sobre el Plan Nacional de Ordenación y Reconstrucción*, Madrid, Servicios Técnicos de FET y de las JONS, Sección de Arquitectura, 1939. También, BIDAGOR (1939) y el famoso plan que este último diseñó para Madrid en 1941. Igualmente, DE TERÁN (1978): 127-128.

(5) Para esta cuestión puede verse BOX (2012): 147-177.

(6) Un recorrido por el sentimiento antimadrileño desde la generación del 98 hasta la guerra civil y el inicio del franquismo, en CASTILLO CÁCERES (2010).

(7) Un reciente dossier de la revista *Ayer* está dedicado a las políticas agrarias fascistas desde una perspectiva comparada. Para nuestro interés, ver especialmente ALARES LÓPEZ (2011): 138-140.

(8) Un desarrollo de esta secuencia, en SAZ (2003): 323. El autor ilustra la ofensiva lanzada desde el diario *Arriba España*, catolizado y plegado a posiciones tradicionalistas tras los

## 1. TESIS Y ANTÍTESIS DE MADRID: CASTELLANISMO Y ANTICASTICISMO

A menos de dos meses del final de la guerra y en plena borrachera de triunfo tras el desfile de la Victoria en Madrid, Ramón Serrano Suñer se reunía en la capital con el alcalde Alcocer y su equipo para discutir algunos proyectos de reforma de la ciudad. Las exhortaciones del ministro eran contundentes, poniendo, tal y como escribía Samuel Ros, el dedo político en la llaga (9). Para Serrano, había que hacer un Madrid nuevo, no el gran Madrid material y proletario propio de los ayuntamientos republicanos y socialistas, sino un Madrid acorde con su grandeza moral y que se correspondiese con el rango que en el Nuevo Estado ocupaba la ciudad: el de ser la capital de la España que resurgía. «Trabajen ustedes para que todos podamos acabar con la españolería trágica del Madrid decadente y castizo», pedía Serrano. No importaba que para conseguirlo hubiese que hacer desaparecer la Puerta del Sol ni el edificio de Gobernación, «caldo de cultivo de los peores gérmenes políticos» (10). El lastre a extirpar para lograr una capital acorde con los sueños falangistas era el casticismo, y a ello debían dedicarse los esfuerzos sin ningún tipo de contemplación.

Las declaraciones de Serrano tuvieron cierta cola. En los días inmediatamente posteriores a la publicación de la reunión del ministro con el alcalde madrileño, el diario *Arriba* recogía e insistía en el acierto de las aseveraciones del ministro. ¿Decadente y castizo?, se preguntaba el órgano del partido. La afirmación era exacta. La españolería bufa, contrafigura de la españolidad auténtica, propia del Madrid decadente y castizo, sobrevénia a España cuando ésta perdía la fe en sus destinos. A modo de un Jano bifronte, el país tenía dos caras, la de Oriente y la de Poniente. La primera era la semilla de las peores derivas nacionales, la causa de los sedimentos que a lo largo de la historia habían conformado el casticismo madrileño. La segunda estaba representada en Castilla, dedicada a combatir ese Oriente que era forzosamente extranjero, pues no había rastro castizo en Madrid antes de la llegada de los gitanos y de los artesanos de las Tendillas, de los Perchejes y de Triana (11).

La extinción «de toda esa roña madrileñista que, inadaptable por naturaleza a un clima histórico de rigor, prolifera, pulula y da sus más pestíferos hervores en toda hora de disolución estatal y nacional» no debía sino ser celebrada por todo aquel que sintiese como Dios manda el Nuevo Estado. Se trataba de proscribir —por peligrosas, y por espontánea repulsión y asco— todas las formas del narcisismo de lo típico, todas las variantes voluntariosas y caricaturescas de lo vernacular. El Movimiento y el nacionalsindicalismo no eran castizos, como

---

cambios de 1941-42, contra la generación del 98 y el fascismo radical a través de un ataque contra los intelectuales simbolizados por un Madrid que —paradójicamente— se denominaba agresivamente como castizo.

(9) Samuel Ros, «El soplo de Madrid», *Arriba*, 24 de mayo de 1939.

(10) Las declaraciones de Serrano Suñer están en *Arriba*, 22 de mayo de 1939.

(11) R. L. M., «Decadente y castizo», *Arriba*, 23 de mayo de 1939.

se afirmaba en otro editorial de *Arriba*, y así debía irse explicando a los catecúmenos, tanto en la teoría como en la práctica. Si para ello había que llevar a cabo inexorables sajaduras, así se haría. Corrían tiempos nuevos y las zonas tumefactas de la urbe pedían con urgencia su operación (12) .

El cambio debía ser radical. Ya lo había dicho José Antonio: lo mejor para Madrid sería prenderle fuego por los cuatro costados y colocar unos retenes de bomberos en los edificios que mereciera la pena conservar (13). Las viejas calles torcidas de la ciudad que no llevaban a ninguna parte, barnizadas de falsa poesía, serían enderezadas mirando al sol, limpiamente, para que condujeran a todas partes. Los tópicos elaborados por «mentes de saldo» que tanto habían perjudicado a la capital de España —la simpatía de Madrid, la gracia de Madrid, o el casticismo de Madrid— serían eliminados. La arquitectura debía encauzar la vida, y era seguro «que un Madrid limpio y abierto, sin recovecos pasionales, sin casticismos ajenos» sería muy pronto «la capital que necesita y merece España» (14).

El mensaje ideológico que subyacía a la crítica lanzada contra el Madrid castizo desde la prensa del partido no era baladí; por ahí se filtraba buena parte de la concepción ultranacionalista falangista. Y es que los elementos que formaban parte del contundente discurso presentado por Falange eran, ciertamente, significativos. Porque el casticismo era un concepto relativamente resbaladizo y con ambigüedades, compuesto por distintas connotaciones y variados significados, pero una idea a la que, si se le iban sumando estos diversos alcances, resultaba suficientemente clara de entender. Uno de ellos iba implícito en las declaraciones del ministro: la españolería trágica y castiza era el fruto de los peligrosos gérmenes políticos surgidos al calor del Madrid republicano y socialista, del Madrid proletario y populachero que deformaba el espíritu y el alma nacional. El ministro también le había puesto sitio exacto: la Puerta del Sol, símbolo de los males a destruir, céntrica plaza y privilegiado escenario de la fiesta republicana, pavimento de excepción para la apoteosis de las masas durante los años previos a la guerra civil (15). Lo había narrado hiperbólicamente Agustín de Foxá en su descripción de las movilizaciones republicanas, relatando cómo la multitud que invadía Madrid desde la misma proclamación de la República inundaba la Puerta del Sol. Era una masa gris, sucia, gesticulante. Rostros y manos desconocidas que subían como lobos de los arrabales, de las casuchas de hojadelata; «mujerzuelas de Lavapiés y de Vallecas, obreros de Cuatro Caminos, estudiantes y burgueses insensatos» (16). Porque la Puerta del

---

(12) «Ni casticismo falsificado, ni casticismo auténtico», *Arriba*, 24 de mayo de 1939.

(13) La afirmación joseantoniana la recogía el conde de Montarco, presidente de la Comisión de Información y Cultura del Ayuntamiento de Madrid, en un artículo titulado «Hay que cambiar la fisonomía de Madrid» publicado en *Informaciones*, 2 de febrero de 1940.

(14) «Hacia otro Madrid», *Arriba*, 24 de mayo de 1939.

(15) CASTILLO CÁCERES (2010): 455-457.

(16) DE FOXÁ (1963): 63 y ss.

Sol, elegida certeramente por el ministro como símbolo del casticismo —según apostillaba un editorial de *Informaciones*, el periódico dirigido por Víctor de la Serna— se había convertido en el abominable foco de maleantes en el que el marxismo circulaba desahogadamente, como en su propia casa (17). La Puerta del Sol era donde «los invasores sutiles de Madrid» se reunían, como argumentaba Edgar Neville desde *Vértice*, el lugar de concentración para la gente de los pueblos, que llegaba hasta la capital para dar gritos, extranjeros que no eran hijos de Madrid, por más que la generosidad de la ciudad les hiciera pasar por lugareños (18). El politizado discurso de clase que identificaba el Madrid proletario y popular con el Madrid ideológicamente desviado y moralmente extraviado se hacía especialmente torturado en la pluma de Tomás Borrás, quien describía cómo a la Puerta del Sol afluía el suburbio, madre de la miseria y el andrajo; los barrios bajos vomitaban en el centro de la capital heces turbias, pasando por allí desde mujerzuelas y comadres, hasta tiznes de obreros de andamios, carreteros de faja y faca o huertanos del riego con agua de alcantari-lla (19).

La Puerta del Sol, por tanto, representaba la esencia castiza en uno de sus múltiples matices: el casticismo, en este caso, como sinónimo de las masas, del pueblo obrero susceptible de protagonizar los peores desvíos. Pero un pueblo y una masa que, dentro del imaginario vencedor, también se representaban *sucios* y *mugrientos*, identificando, en este caso, la específica filiación política y la condición de clase con unas determinadas características físicas y morales. Así, la masa ciega y analfabeta, enfurecida, era la «plebe vil, abyecta y chabacana de Madrid» (20). Porque el casticismo representaba y definía a la España y al Madrid propios de las turbas enemigas republicanas, ese «populacho harapien-to y sucio, lo más soez de los bajos fondos», la «cochambre inmensa» que había invadido la ciudad durante los años de la guerra (21). De las madrigueras de aquel Madrid castizo propio del oponente republicano salía torrencialmente «su hampa, su choricería, su flamenquismo» (22). Eran masas que invadían Madrid, pero eran turbas —y aquí aparecía el juego argumentativo— extranjeras, ajenas a la ciudad. Así lo hacía Edgar Neville en el artículo anteriormente citado, refiriéndose a «los elementos extranjerizantes» como factor culpable de los desvíos de la urbe. Eran «esas gentes de fuera que habían transportado, como gitanos, sus pueblos a tus alrededores, a Tetuán, a Vallecas, a Las Ventas, y con ellos su rencor y su envidia por tu pureza diáfana, por tu garbo y tu donaire», escribía Neville a Madrid. «Les había dado por llamarse también madrileños, pero no lo

---

(17) «Madrid: Metrópoli», *Informaciones*, 24 de mayo de 1939.

(18) EDGAR NEVILLE, «Madrid», *Vértice*, 7-8, 1937/1938.

(19) BORRÁS (1939): 21-22.

(20) ANTONIO DE OBREGÓN, «Nuestros verdugos», *Vértice*, 6, 1937.

(21) CAMBA (1940): 40-41. JACINTO MIQUELARENA, «Las primeras horas y los primeros días de Madrid», *Vértice*, 21, 1939.

(22) MIQUELARENA (1938): 39.

eran (...). Levantaremos murallas, Madrid, para que nos dejen en paz» (23). Si los responsables de los males de la ciudad eran gentes de fuera, Madrid quedaba libre de culpas al convertirse —de nuevo aparecían las metáforas— en la ciudad cautiva e inocente, en la ciudad que necesitaba salvación ante la usurpación extranjera. El enemigo político se transformaba en el *otro* invasor y extraño, en aquel que, al pervertir las esencias nacionales, quedaba despojado de su condición de madrileño (24).

Señalar con el dedo acusatorio a las masas perniciosamente politizadas que encarnaban tan deleznable cualidades no significaba estigmatizar el elemento obrero y proletario dentro del discurso falangista. Existía, por el contrario, una exaltación en clave nostálgica del Madrid de llanura isidreña, como escribía Giménez Caballero, en el que sonaban los trenes y paseaban los obreros, vestidos con mono azul manchado de aceite y limpio, todavía, de sangre; esos trabajadores que silbaban, fumaban pitillos y saludaban al pasar (25). Tampoco, ni mucho menos, suponía cuestionar el componente popular. Lo había explicado con claridad en su momento el mismo José Antonio, poniendo especial cuidado en explicar el trágico equívoco español que confundía lo popular con lo castizo. Y es que esto último, esa «capa falsa, chabacana, decadente» que constituía el ambiguo concepto del casticismo, no era sinónimo de lo popular. Lo popular era otra cosa; la calle Toledo, el conocido café de Fornos o el café de San Isidro, no «aquel provincianismo de tute y achicoria y ese cante flamenco que se pronuncia en andaluz y ha sido inventado entre Madrid y Martín de Valdeiglesias». Ese estilo zafio no representaba ni las entrañas ni el verdadero estilo español, y era contra esa España de «instinto» y «barbarie», contra esa España castiza, contra la que el discurso falangista arremetía, andando por los caminos sin reposo para reivindicar la *otra* España, «la exacta, la difícil» (26).

Había que hilar fino a la hora de no confundir lo que era y no era castizo. No lo era lo popular y tradicional. Por ejemplo, no tenía por qué desembocar en casticismo la música retozona de Chueca, los sainetes hilarantes de los teatros, las corridas de toros, las noches del Buen Retiro, los regocijos y las verbenas o los organillos callejeros... aquello era prueba del encanto y la alegría de Madrid (27). Sí aparecía el casticismo cuando todo esto se dejaba convertir en su peor caricatura, en un tipismo burdo, o cuando, por utilizar la expresión que usara José Antonio en su efectista discurso de clausura del segundo consejo nacional de la Falange, se convertía «en caricatura patrioterica esa cosa delicada y exacta de España» (28). El problema, como se ve, parecía residir en tomar el desvío equivocado, aquel que conducía a la deformación de España en sus peo-

(23) EDGAR NEVILLE, «Madrid», *Vértice*, 7-8, 1937/1938.

(24) TRANCHE (2007): 104. Una visión general, en NÚÑEZ SEIXAS (2006).

(25) Citado en MAINER (1998): 187-188.

(26) PRIMO DE RIVERA (1971): 418.

(27) ANDRÉS GUILMAIN, «El alma encantadora de Madrid», *Fotos*, 525, diciembre de 1941.

(28) PRIMO DE RIVERA (1971): 720.

res rasgos, el que irremediablemente arribaba a la parodia, o aquel otro que permitía reflejar la España *exacta*. Jano bifronte, había señalado a este respecto uno de los editoriales de *Arriba* antes mencionado, pues España tenía —y ahí estribaba su peligro y su desgracia— dos cabezas. La primera de ellas, también se apuntó antes, miraba a Oriente. Era la aborrecible, la que terminaba en la vertiente casticista, trágica, flamenquista, soez, choricera, plena de gitanería —utilizando adjetivos y calificaciones empleados dentro del discurso falangista—. Oriente, en su doble condición: en lo que tenía de orientalista, de mito romántico gestado a lo largo del siglo XIX en torno al exotismo español (29), y Oriente en su sentido literal: en lo que tenía de ajeno a lo verdaderamente patrio, en lo que, viniendo de Oriente —y en esa dirección estaba Moscú, ya lo había apuntado Giménez Caballero— pervertía en su invasión el alma española.

Sobre lo primero, Antonio Tovar se manifestaba con claridad en su *El Imperio de España*. Aquella España zarzuelera resultaba atractiva para la curiosidad turística de los románticos hispanistas, tan dados a mirar al país «como nación muerta y llena de curiosidades». Se criticaba, entonces, el patriotismo «de lo folklórico y lo menudo» para reivindicar un patriotismo libre de arcaísmos y tópicos que mirase hacia la acción y el futuro (30). Porque enfatizar la imagen romántica de España y subrayar el exotismo impregnado del tipismo de la *España de pandereta* no hacía sino acentuar, al mismo tiempo, el arcaísmo y la premodernidad de España, el contraste del país frente al desarrollo europeo (31). Ese era, también, uno de los peligros —en absoluto nuevo— del casticismo. Lo señalaba Laín Entralgo, retomando debates finiseculares, desde *Escorial*, advirtiendo del riesgo que implicaba «la actitud castiza elemental» del «yo no necesito la técnica» o del «que me dejen con lo mío». Si España no se abría y no labraba la empiria y el arte perdería su yo y su historia para devenir, como única posibilidad —«¡qué asco camaradas!»—, se le escapaba a Laín—, «ser castizos» (32).

Sobre la dimensión extranjera que también contenían las referencias *orientales* se podía volver la vista a la argumentación de Giménez Caballero, porque para el escritor falangista *Oriente* representaba cualquier invasión frente a la que España hubiese emprendido un Movimiento de Independencia. Hasta el

---

(29) La alusión orientalista se refiere a una de las acepciones que, posteriormente, sistematizó Edward Said en su conocido trabajo: en este caso, el orientalismo como un discurso producido en Occidente que construye, manipula y moldea Oriente —entendido, a su vez, como alteridad al mundo occidental— desde múltiples puntos de vista (político, sociológico, militar, imaginario, ideológico...). La dimensión orientalista de la construcción de la imagen de España dentro del desarrollo del mito romántico ha sido estudiada por COLMEIRO (2003) y ANDREU (2004).

(30) Citado en SAZ (2003): 246.

(31) LUCENA (2006): 225. La España de pandereta, en NÚÑEZ FLORENCIO (2001).

(32) Citado en SAZ (2003): 247. Para un desarrollo de los debates sobre la ciencia española siguiendo, en parte, el argumento del casticismo, LAÍN ENTRALGO (1943). Un desarrollo de la tensión Europa-España en la generación del 98 a propósito de la crisis nacional y la necesidad de apertura como forma de salir de ella, en CHABÁS (2001): 9-13.

«Oriente africano» que había supuesto el pueblo cartaginés invasor de la Península Ibérica se retrotraía Giménez para concluir que las mismas corrientes que habían provocado las históricas invasiones eran las que provocaban esta nueva: «el Oriente: en forma de Rusia. Y Napoleón: ahora en forma de Frente Popular» (33). Thermidor y Potemkin, resumía Antonio de Obregón; las turbas que un día tomaron la Bastilla resucitando en un Madrid convertido, de acuerdo a la inventiva de Queipo de Llano, en Madridgrado (34). Eran las nuevas invasiones bárbaras, según las denominó José Antonio, la amenaza que venía de Moscú y que despojaban a la ciudad de su idiosincrasia propia (35).

Se detectaba, por tanto, la enfermedad, pero también la solución. Lo había señalado sin ningún asomo de dudas el artículo de *Arriba*: existía un Oriente que desembocaba en la espanolería trágica del Madrid castizo, pero existía, también, un Poniente que, en este caso, adquiriría cuerpo en Castilla. Aparecía, entonces, el esencialismo castellanista, el mito de la Castilla eterna y forjadora de España, esa herencia legada por el reconocido magisterio de los noventayochistas de la que los fascistas españoles se reconocían deudores —nietos del 98, como se había autodefinido Giménez Caballero en su *Genio de España* (36)—. En Castilla estaba la solución y el antídoto contra el casticismo gracias a lo que aquella tierra significaba. Castilla era la esencia del alma de España, allí donde sus figuras representativas se convertían en arquetipos del carácter nacional (37). No se requería imaginación, solo contemplación, pues en la propia tierra castellana se podían ver los valores auténticamente españoles. Lo había dicho José Antonio en su conocido discurso pronunciado en Valladolid en marzo de 1934: había mucho que aprender de aquella tierra, una tierra sin galas ni pormenores, una tierra absoluta, la tierra sin más y sin necesidad de apelativos; la tierra como depositaria de valores eternos, la austeridad en la conducta y el silencio, la solidaridad entre los antepasados y los descendientes (38). El paisaje dejaba de ser, entonces, pura contemplación estética para trasmutarse en la vívida expresión de la esencia patria. De los valores estéticos se pasaba a unos valores éticos, y era entonces cuando aparecía, de nuevo otra vez, el peso legado por los intelectuales de finales del siglo XIX, inventores del paisaje castellano como símbolo de una tierra en la que se podían encontrar los cimientos de la nacionalidad española, proyección sobre el suelo de un sentimiento y un proyecto de identidad común (39).

(33) GIMÉNEZ CABALLERO (1944): 121. GIMÉNEZ CABALLERO (1983): 185-186.

(34) ANTONIO DE OBREGÓN, «Teoría de Madrid», *Fotos*, 525, diciembre de 1941.

(35) PRIMO DE RIVERA (1971): 421-427.

(36) MAINER (1971); ARÓSTEGUI (1995): 394; SAZ (2009): 153-157.

(37) MORALES MOYA (2005): 255-256.

(38) PRIMO DE RIVERA (1971): 189.

(39) CALERO AMOR (1991): 68; SERRANO (1995): 440-441. MARTÍNEZ DE PISÓN (1998): 45-46. VARELA (1999): caps. 2, 4 y 6, donde el autor analiza, respectivamente, la importancia del paisaje para el krausismo y Giner de los Ríos, el papel de Castilla como mito forjador de la identidad para la generación del 98, y el interés por el paisaje para el posterior Centro de Estudios Históricos, encabezado por la figura de Menéndez Pidal.

Así lo había hecho Unamuno en uno de sus ensayos recopilados en *En torno al casticismo*, cantando a la tierra dura y sin comodidades, de largos inviernos y calores extremos, una tierra seca y sin vegetación, de paisaje recortado y perfilado, con campos ardientes, escuetos y dilatados. Un paisaje desierto de inmensas llanuras, tierra de soledad infinita donde la vida adquiriría —y aquí comenzaba la particular connotación valorativa de aquel espacio de tierra— intensidad y profundidad. «¡Qué hermosura la de una puesta de sol en estas solemnes soledades!», exclamaba Unamuno a pesar de la aspereza del terreno. «¡Ancha es Castilla! Y ¡qué hermosa la tristeza reposada de ese mar petrificado y lleno de cielo!». No despertaba aquel paisaje sentimientos voluptuosos de alegría de vivir, ni sugería sensaciones de comodidad y holgura concupiscible. No despertaba las satisfacciones de apetitos amasados con su carne, sino que aquel suelo pobre, envuelto en un cielo de intensísimo azul, desnudo y uniforme, sumía al individuo, empequeñecido ante aquellas inmensidades sin fin, en profundos estados de ánimo. Y es que Castilla no era un paisaje panteístico, sino monoteístico, presto para la contemplación y la sobriedad del alma (40). Llanuras con hálito de eternidad, las había denominado Azorín; llanuras dilatadas e inmensas, silencio imperturbable, calma profunda (41). Tierra elemental y severa, diría décadas después desde las páginas de *Arriba* José Antonio Maravall; realidad desnuda y sobria donde se asentaban hombres con voluntad de vida dura y grave (42).

Castilla, representación del Poniente, exorcizaba, por tanto, el Oriente en su doble dimensión antes expuesta. Por un lado, porque a través de esta sobriedad que se plasmaba en sus sequedades y llanuras, en la aspereza de su tierra, se conjuraba el mundo romántico de excesos y voluptuosidades. Por otro porque, frente a la amenaza extranjera y la tentación de dejarse invadir por el extraño, España adquiriría forma y esencia en Castilla, su entraña y su estilo —según la fórmula joseantoniana— en aquel territorio de silencio y de páramo.

Si del 98 se derivaba el esencialismo castellano, de Ortega, el otro maestro reconocido, tomaban los falangistas la idea de nación como un proceso sugestivo de vida en común. Había dos Españas incommunicantes e incompatibles, había reflexionado, también, el filósofo desde su particular desasosiego en tiempos de la primera conflagración mundial. Una España oficial, obstinada en prolongar los gestos de una edad fenecida, y una España vital, capaz de inundar el país con su vigorosidad política, su curiosidad y su entusiasmo (43). Había, pues, esperanza para España, porque la nación no era una coexistencia inerte, sino un sistema dinámico; porque la fuerza para hacer naciones era un talento de carácter imperativo, un saber querer y un saber mandar. Era un mirar hacia adelante —la

---

(40) UNAMUNO (2005): 171-175.

(41) RAND (1956): 117, 128.

(42) JOSÉ ANTONIO MARAVALL, «Metafísica de la unidad de España», *Arriba*, 29 de noviembre de 1939.

(43) ORTEGA (2004): 710-736.

historia como imperativo y no como contemplación, que diría Tovar en su momento— (44) formado por una comunidad de propósitos y por una comunidad de anhelos que, sin anclarse en el ayer o el pretérito, supiese vivir para el mañana (45). Históricamente, según la argumentación de Ortega, Castilla había mostrado su genio nacionalizador, y era ahora, transcurridos unos cuantos años y llegados al contexto de la inmediata posguerra, cuando las plumas falangistas se imbuían del vitalismo orteguiano para volver a mirar con esperanza a esas tierras castellanas. Tierras que, en este caso, se utilizaban —ya lo hemos visto— como condensada metáfora de la antítesis de la nación decadente y castiza, de la España que debía, y podía, resurgir. Porque si aquella tierra nos había hecho grandes ante el mundo, había producido en su soñar artistas, pintores y conquistadores, podía conservar, aún, una descarga de promesa (46).

La tierra española, la gentil Castilla, lanzaba la voluntad de España hacia un resurgimiento que nadie podría impedir (47). Solución, por tanto, y objetivo a lograr, porque lo castellano también suponía desarrollar «el patriotismo de la misión». Solo en aquellos campos secos y resistentes podía vivirse la vida como empresa capaz de trascenderse a sí misma (48). Y ahora, llegado ese momento, la misión que había que cumplir ofrecía pocas dudas: hacer un nuevo Madrid, como había dicho el ministro Serrano Suñer, una capital sin chabacanería, suciedad y promiscuidad gitanas que, según apuntaba Antonio de Obregón, permitiese salvar y recuperar la auténtica alma de la ciudad para insuflarla en la nueva urbe que habría de construirse. ¿Qué Madrid habría, entonces, que recordar para inspirarse y hacer uno nuevo? ¿El Madrid del sainete que había degenerado en mediocridad y falta de gracia popularizando un pintoresquismo ínfimo? (49).

Ese Madrid, por supuesto, no podía ser. La patriotería zarzuelera que se regodeaba en las mediocridades y mezquindades —había proclamado José Antonio en 1935— no podía conformar a nadie, porque amar a España (y, podríamos decir, a Madrid) implicaba, utilizando de nuevo ecos noventayochistas, criticarla con voluntad de perfección (50). La autocomplacencia, apuntaba Laín, solo conducía al optimismo patriotero, al patriotismo grueso y verbenero del «somos unos tíos estupendos», si se le permitía utilizar tan «chabacana y difundida expresión» (51). Y dado que, en este caso, había en juego algo tan esencial como la puesta en marcha de la capital del Nuevo Estado, había que estar especialmente atentos para superar y no repetir los defectos del pasado.

---

(44) TOVAR (1941): 175.

(45) ORTEGA (2005): 433-473.

(46) SERRANO (1995): 441.

(47) JOSÉ ANTONIO MARAVALL, «Metafísica de la unidad de España», *Arriba*, 29 de noviembre de 1939.

(48) *Ibid.*.

(49) ANTONIO DE OBREGÓN, «Teoría de Madrid», *Fotos*, 525, diciembre de 1941.

(50) PRIMO DE RIVERA (1971): 559.

(51) LAÍN ENTRALGO (1943): 135.

La importancia de la partida que se jugaba no ofrecía dudas. Siguiendo las explicaciones que proporcionaba el Caudillo a la plana mayor del ayuntamiento madrileño a finales de 1939, había que tener en cuenta que «una capital infunde al visitante y al vecino la noción del régimen político» (52). Las capitales eran, pues, el reflejo de la vida de una nación, y a través de su desarrollo se podía calcular, en todo caso, el poderío de las mismas. Madrid tenía que ser, entonces, una capital como correspondía al Nuevo Estado. Se gastaría lo que hiciera falta, continuaba Franco. «Hay que acometer la reforma con grandes miras, pensando en horizontes lejanos y nunca localizando los proyectos hacia un futuro próximo, porque entonces el engrandecimiento y la reforma quedarían empequeñecidos» (53). Hacer un gran Madrid anticastizo, alejado del patriotismo vano y conformista, contrario al tipismo zarzuelero, y que reflejase los valores y el destino del Estado recién inaugurado. Porque Madrid —dolorosamente se sabía— no había sido siempre así. Había que superar definitivamente el tiempo en el que la ciudad había abdicado de todos sus deberes, dimitiendo de su rango de capitalidad al abandonarse a la injuria de las hordas —en radiada expresión de Eugenio Montes—, perdiendo el rigor del idioma con la corrupción del lenguaje de los barrios bajos, la dignidad de su gesto en un teatro arrabalero de dudoso gusto. A cambio, se miraría con ojos nuevos al Madrid filipense, el Madrid de la ejemplaridad de los mejores reinados de su historia (54), un Madrid que, luego se verá, podía encontrar en el agosto Escorial la metáfora resumida de lo que debía llegar a ser. Había que conformar este Madrid y definir los mensajes que, en tanto cara externa del nuevo régimen, la ciudad proyectaría. Y Falange, plena de éxtasis victorioso y radicalmente nacionalista, se lanzaría a contribuir en esta tarea con su discurso para argumentar con claridad que, tras la fachada capitalina de Madrid, lo que latía era de nuevo una nación con vocación de Imperio.

## 2. SÍNTESIS: UNA CAPITAL DE IMPERIO

Victoria halada, escribía un editorial de *Informaciones* de finales de mayo de 1939. Victoria de Madrid, resurrección y reincorporación de la ciudad al torrente vital de la Patria. Victoria en la que Madrid, depurada y redimida, purificada por la experiencia del sacrificio, alcanzaría el rango y el vuelo imperiales a los que aspiraba la España del Caudillo (55). Los tiempos, ciertamente, eran proclives para las ensoñaciones y las fastuosidades: a partir de abril de 1939, los vencedores podían imaginar la construcción de la España que anhela-

---

(52) «Necesidad del decoro urbano», *Arriba*, 12 de noviembre de 1940.

(53) *Informaciones*, 9 de noviembre de 1939.

(54) EUGENIO MONTES, «El Madrid anterior al Movimiento y sus deberes de hoy», *Arriba*, 17 de junio de 1939.

(55) «Madrid: Metrópoli», *Informaciones*, 24 de mayo de 1939.

ban. Falange, ventajosamente ubicada en destacados centros de poder y situada a la cabeza de la dirección de la prensa y la propaganda, iba a dedicar parte de sus esfuerzos a proclamar, exhortar y teorizar sobre la nación, y la ciudad, que se necesitaban. Frente al tipismo, el costumbrismo casticista y la España «mediocre y cochambrosa» de la que hablara Ridruejo (56), se contraponía la Nueva España de la revolución y de la radical transformación palingenésica. Y Madrid, una vez expurgada de sus lacras, sería la capital Imperial acorde con los sueños nacionalistas falangistas. Así lo anunciaba el arquitecto falangista Víctor D'Ors en las mismas fechas en las que la prensa se hacía eco de la afirmación del ministro Serrano antes aludida, anunciando la necesidad de una nueva Metrópoli del Imperio en la que se fundieran la continuación de la más preciada tradición con la moderna técnica puesta al servicio de la revolución que se iniciaba en España. Las constantes arquitectónicas de la españolidad debían respetarse, infundiendo a toda creación el espíritu auténticamente español pero, lejos de caer en nuevos tópicos de rancia estirpe, la arquitectura, puesta al servicio de la revolución, debía recoger el palpitar del mundo de la hora actual (57). De aquella simbiosis típica falangista entre la tradición española llena de glorias y sobrios esplendores, y el ímpetu revolucionario y proyectivo, debía salir el Madrid Imperial sobre el que teorizaban los falangistas de posguerra, el Madrid que marcaría «estilo y norma de capital de Imperio». Lejos quedaría «el frívolo Madrid desencajado por el burgués ensanche, mordido por la ferocidad implacable del proletario arrabal». El Gran Madrid del Nuevo Estado proclamaría al mundo, «bajo el patronato del santo del Yugo, el esplendor de su futuro» (58). Y es que, de los muchos Madriles que habían existido a lo largo de la historia (el Madrid pedernálico o prehistórico, el Madrid medieval, el plateresco, el imperial, el borbónico, el liberal o el progresista) no cabía vacilación a la hora de elegir uno como guión y referencia: el Imperial de los Augsburgos, explicaba Giménez Caballero.

El discurso, como se puede apreciar, era contundente. También lo iba a ser la traducción de todas estas exhortaciones y apelaciones a las cuartillas con las que los urbanistas y arquitectos intentarían dar forma al nuevo Madrid de posguerra, independientemente de que el primero —el discurso— terminara alcanzando una altura de vuelo mucho mayor que la construcción real de la capital imperial por la que tanto se clamaba. Aunque, según se advirtió al principio, no es este el lugar para detenerse en esta cuestión, basta apuntar las reiteradas llamadas a privilegiar una fachada representativa que condensase la imperial condición de la capital, o los proyectos específicos que —con mayor o menor

---

(56) DIONISIO RIDRUEJO, «Manifiesto irritado contra la conformidad», *Arriba*, 23 de febrero de 1940.

(57) Un desarrollo de la idea de D'Ors sobre las constantes de españolidad, en D'ORS (1938): 219-220.

(58) VÍCTOR D'ORS, «Discurso de alarma ante la reconstrucción de Madrid», *Arriba*, 25 de mayo de 1939.

éxito, con posterior construcción o paulatino archivo— se gestaron dentro de ella; por ejemplo, el escurialense Ministerio del Aire, de Gutiérrez Soto, o la ceremonial Casa del Partido, de Olasagasti, Ambrós y Castell, entre otros (59).

Sea como fuere, el discurso sobre el Madrid imperial no servía exclusivamente para amparar una conversión del mismo a la teja y al ladrillo; servía —y eso es lo que interesa para nuestro argumento— como arma discursiva para contraponerlo antitéticamente al casticismo hasta aquí expuesto. De lo que se trataba, por tanto, era de expurgar las diferentes caras que mostraba el Madrid decadente y castizo condenado en su momento por Serrano Suñer para convertir a la urbe, según se señalaba en un artículo de *Arriba*, en una ciudad de rango que mereciera alojar en su seno las responsabilidades de la capitalidad del Estado (60).

Uno de estos primeros significados fuertemente asociados con el casticismo que ahora tocaba enmendar era, según se vio antes, la suciedad del antiguo y condenado Madrid. Una suciedad que era, en principio, física —la necesidad de asear las calles y los edificios tras la pasada de la «horda», como explicaba el alcalde Alcocer— (61) pero que era, también, moral. Porque frente al «Madrid de la cochambre» que había cantado Celia Gámez en su famoso *Ya hemos pasado*, el nuevo Madrid tenía que ser un Madrid limpio y abierto. Así se había bramado desde *Arriba*, y así lo anunciaba el alcalde, explicando que Madrid tenía que convertirse en una ciudad limpia y alegre, en una de las ciudades más hermosas del mundo. Una de las primeras tareas que, consecuentemente, se proponía el Ayuntamiento era la de desinfección y limpieza de Madrid, encomendada al laboratorio municipal y en la que debían participar todos los médicos madrileños. No se trataba de una labor técnica acorde con las circunstancias de posguerra dirigida a sanear una ciudad que había padecido las bombas y los rigores de una lucha encarnizada; era una tarea plena de ideología triunfadora y revanchista insertada dentro de la idea del cambio radical que había recaído en Madrid. La idea no era nueva; adaptándola al contexto específico de la posguerra, parecía recuperarse la esencia del discurso higienista con el que se había articulado no poca parte del urbanismo de principios del siglo XX, un urbanismo concebido desde el convencimiento de que la transformación del espacio urbano implicaba, igualmente, el cumplimiento de una misión de higienización social, moral y cultural (62). Según explicaba Alcocer para el caso de Madrid, no se trataba solo de limpiar, sino de desinfectar la miseria dejada por los rojos. Si para lograr que la ciudad quedara limpia por dentro y por fuera como correspondía a una urbe civilizada había que aplicar sanciones sin miramiento alguno, así se haría. En dos meses, Madrid debía ser la ciudad con la que todos soñaban (63). Madrid tenía que renacer por completo, abrirse a su nueva vida capi-

---

(59) BOX (2008): 373-435.

(60) «Madrid recobra su rango de capital europea», *Arriba*, 31 de agosto de 1939.

(61) Las declaraciones, en *Arriba*, 23 de mayo de 1939.

(62) FREESTONE (2000): 9.

(63) *Arriba*, 23 de mayo de 1939.

talina y proyectarse al exterior. En definitiva, Madrid tenía que ser «la capital digna de la nueva España Una, Grande y Libre, de la España imperial forjada por el Generalísimo, por el Ejército, por las Milicias y por la retaguardia a fuerza de acero, a fuerza de sangre y de sacrificios» (64).

Según se señaló anteriormente, la suciedad castiza tenía dentro de la capital un epicentro: la Puerta del Sol. Aparecía, entonces, otra de las connotaciones de aquel Madrid que había que eliminar: «el recuelo de cazuela popular» y «el mal sabor de lo atrocemente plebeyo»; en suma, la ferocidad proletaria y miliciana condensada en aquella céntrica plaza de la ciudad (65). No podía extrañar, entonces, que parte de las delirantes ensoñaciones arquitectónicas de los vencedores estuvieran encaminadas a transformar aquel escenario de tantas «horas de casticismo» y «júbilo verbenero» en algo más digno de la fastuosidad del nuevo Estado (66). Llevaría hasta el extremo la ensoñación Antonio Palacios, curtido arquitecto gallego y autor de edificios tan emblemáticos de la capital como el Palacio de Correos, levantado en la plaza de la Cibeles, o el Círculo de Bellas Artes, ubicado en la céntrica calle de Alcalá. El diseño que Palacios originalmente elaboró en 1919 y que, muy oportunamente, reactualizó en el verano de 1939 respondía a la intención, según su autor, de que emergiese «la futura capital soñada, digna del eterno Imperio Hispánico, el más extenso y poderoso que la Historia registra entre todos los de la Tierra». El momento de Madrid había llegado, proseguía Palacios, y, en tanto Ejército de la Paz, a los arquitectos les tocaba imaginar la futura ciudad. Entre las diferentes reformas que se proponía, estaba incluida una transformación de la zona centro de la ciudad para conseguir un «magnífico recinto del Madrid Imperial», cuyo núcleo sería una renovada Puerta del Sol que se extendería hasta el Paseo del Prado. No quedaría ni un atisbo de la castiza plaza, pues la fastuosidad concebida por Palacios implicaba la mutación urbanística de la misma, la construcción de múltiples monumentos de homenaje, variados arcos de triunfo y edificios representativos de los pueblos que un día formaron parte del «territorio nacional en el que no se ponía el sol». Para lograr que la plaza reflejase las «ansias futuras del Imperio Ibérico», se coronaría con una gran fuente situada en el centro, «simbolismo de los continentes, los océanos y los ríos», que funcionaría como «lección grandilocuente» de la raza ibera, «a diario aprendida por las multitudes» (67).

---

(64) Discurso de Alberto Alcocer. Actas de la sesión municipal del 30 de marzo de 1939. Archivo de la Villa.

(65) Los entrecomillados, en GIMÉNEZ CABALLERO (1944): 48. La expresión de la ferocidad proletaria, en VÍCTOR D'ORS, «Discurso de alarma ante la reconstrucción de Madrid», *Arriba*, 25 de mayo de 1939.

(66) Los entrecomillados, en PEMÁN (1958): 24.

(67) El plano del diseño de reforma que Palacios ideó para Madrid en 1919 se puede ver en el *Anuario de Arquitectura y Construcción*, Barcelona, Gráficas Thomas, 1919, p. 205. También, en PALACIOS (1939): 1-5 donde se explica con detalle el resto de elementos que aquí no se han mencionado.

Transformación, como se ve, de la Puerta del Sol que también tuviese en cuenta la eliminación del «júbilo verbenero» recién aludido. Porque los excesos de las masas, ciertamente, no podían reflejar los valores del Nuevo Estado, como tampoco podían hacerlo el exotismo, la gracia o el exuberante folklorismo, otras de las connotaciones del Madrid castizo que se debía expurgar. A cambio, el espíritu falangista era, y debía ser, sobrio. La sobriedad constituía el estilo y el modo de ser de la Falange. En la España totalitaria que se imaginaba no había lugar para lo superfluo — «a España hay que verla sobriamente, exactamente», había exhortado José Antonio a finales de enero de 1936— (68), de la misma forma que no se podía olvidar que la función tenía que superar a la representación pues si, ocurría al contrario, la vida se llenaba de oquedad, petulancia, farrago y palabrería (69). Estilo sobrio, entonces, pero estilo, también, veraz y claro, sin recovecos; orgulloso, por implicar el servir a la más alta empresa; y alegre, en tanto que suponía vivirlo con gozosa vocación de servicio y sacrificio, porque la vida del falangista era, ya lo advertían los puntos programáticos, una vida que se vivía como milicia (70).

La explícita contraposición entre los *excesos* castizos y la sobriedad que debía imperar de acuerdo al nuevo estilo falangista se argumentaba desde *Arriba* en el verano de 1939. Por un lado, se encontraba el «tono zarzuelero y pueblerino» de banquetes, festejos, entretenimientos de casinos, homenajes sin necesidad profunda, anécdotas de Fornos, quintillas de cesantes, nombramientos de hijos adoptivos prodigados por doquier «y demás formas baratas de adulación». Era la manera de proceder de una España sin anhelo ni misión histórica, de una España peligrosamente vacía, del vacío folklorismo vano, inútil y excesivo, del halago fácil y del jolgorio intempestivo e inoportuno. Por otro, afortunadamente, estaba el tono falangista, consciente de la gravedad de la hora que se vivía y pleno de una sobriedad castrense y castellana. Porque la España que se necesitaba y por la que se abogaba era —representación sublime de esa tierra de Castilla a la que se alababa y se cantaba— una España cruda y escueta. La vanagloria solo conducía a la decadencia, y la fauna de club y de café al florecimiento tropical de pseudopatriotismo. Lo que necesitaba España era «silencio, trabajo, obediencia, disciplina, austeridad, seriedad, fijeza en sus fines, convergencia de todos los esfuerzos y no pólvora en salvas» (71). La sobriedad era un camino que conducía siempre al acierto, dada la importancia que esta tenía tanto para las cosas del cuerpo como para las cosas del espíritu (72).

El Madrid preconizado por los falangistas debía responder a este espíritu apuesto y sobrio. «No queremos una fiesta al viejo estilo municipal», anunciaba Serrano Suñer a propósito de la celebración del primer aniversario de la «libe-

---

(68) PRIMO DE RIVERA (1971): 857.

(69) «Homenajes», *Arriba*, 7 de noviembre de 1939.

(70) PEMARTÍN (1941).

(71) Toda la argumentación, en «Lecciones de sobriedad», *Arriba*, 8 de agosto de 1939.

(72) «Invitación a la sobriedad en la vida pública», *Arriba*, 4 de julio de 1939.

ración» de la ciudad. La serenidad debía sustituir a la barroca algarabía y a la confusa bullanga. Porque el tiempo de las charangas y de las embadurnadas carátulas ya había pasado (73). Si algo reflejaba en la capital ese espíritu de sobriedad tan alejado del espíritu castizo, y si algo debía servir de ejemplo para el conjunto de la ciudad, era, sin duda, El Escorial. Lo escribía Sánchez Mazas en las páginas de *Arriba* en un artículo titulado «Herrera, viviente» que se publicaba, significativamente, en la sección de «Ejemplos para la doctrina». El Escorial dictaba la mejor lección para las Falanges presentes y futuras. Resumía toda la conciencia del partido, ordenaba la voluntad y corregía el menor error en el estilo. Era, acaso, la síntesis más clara de la ejemplaridad española, la Carta Magna esculpida en piedra viva. Y lo era porque, si algo mostraba aquella piedra de parangón de las Españas era el ser «insobornable a todo lo castizo, pintoresco, rancio y banal, inaccesible a la palabrería tocada al corazón, a las percalinas y luminarias, e impenetrable a lo que no sea universalidad rectora y luminosa de España; insensible a cuanto no es total, viril y crudo» (74). En un extremo de la cuerda se situaba, por tanto, el casticismo como sinónimo del pintoresquismo y folklorismo, lo caduco y la banalidad de la palabrería vacua para contraponer, en la antítesis de todo esto, la «adustez sobria de la escolaridad», como lo describía Giménez Caballero. Su propia ubicación dentro de la ciudad denotaba ya este destino de sobrios esplendores: la sierra del Guadarrama, sierra azul y radiante, corona de Castilla con gemas de sol y hielo, ceñida de piedras legendarias. Aquella sierra, de larga tradición dentro del nacionalismo español, exigía firmeza, jerarquía, respeto y acatamiento (75). Y es que El Escorial, levantado sobre la ancha geografía de Castilla, bajo la luz clara y generosa y el cielo intacto, representaba los valores que latían, también, en esas tierras (76). Si en Castilla —se vio anteriormente— podía hallarse la esencia de España, también en El Escorial palpitaba la eterna metafísica de España, el espejo en el que un pueblo portentoso como el español podía mirarse: ante todo, allí podía encontrarse su destino de Imperio. Porque El Escorial miraba a Poniente —de nuevo la contraposición con Oriente—, estando en esa dirección la América otrora española, el Imperio patrio que se retrotraía hasta la edad de oro de España. Y porque la Castilla que lo sostenía no era solo una comarca capaz de entender exclusivamente lo local, sino que Castilla —ya lo había dicho José Antonio— era el Imperio que tan solo comprendía lo universal (77).

El Escorial rompía, entonces, las barreras estrictamente madrileñas para presentarse como representación de los ideales nacionales. Lo había escrito así Antonio Tovar en *El imperio de España*: «quien comprende del todo a España

(73) «Estilo», *Informaciones*, 29 de marzo de 1940.

(74) RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS, «Herrera, viviente», *Arriba*, 2 de julio de 1939.

(75) GIMÉNEZ CABALLERO (1944): 157. Una valoración de la Sierra del Guadarrama en la tradición nacionalista de finales del siglo XIX, en ORTEGA CANTERO (2002).

(76) «Escorial», *Arriba*, 22 de noviembre de 1940.

(77) «Escorial», *Arriba*, 22 de noviembre de 1940. PRIMO DE RIVERA (1971): 189-190.

siente que la plenitud española de todos los siglos está guardada bajo la cúpula de El Escorial» (78). Nada podía ser más contrario al patriotismo tipista y superficial que el mensaje escorialense, porque aquella mole mostraba «un alto menosprecio por todo lo típico y castizo». El monumento, erigido «en un paisaje sobrio y altanero», rompía con «todo tradicionalismo pintoresco, sensible-ro, decorativo y menor» para apuntar hacia su concepción «magistral e imperial de las grandes ideas universales» (79). Tesis y antítesis de España, otra vez, que apuntaba —retomar la fuerte imagen del Jano con dos cabezas— hacia el narcisismo de lo típico, en un lado, o hacia el destino imperial, en el otro. Así era la hora que se vivía en los momentos inaugurales de la victoria en la guerra civil, escribía José Antonio Maravall en el verano de 1939. Una hora de Imperio, porque Imperio era expansión hacia fuera, al servicio de inmutables principios, de una empresa universal (80).

La idea, por supuesto, estaba en el mapa genético de la Falange en tanto movimiento fascista. La voluntad de Imperio aparecía en los puntos programáticos de FE; la vocación imperial como justificación de España se reiteraba en los discursos y escritos de las cabezas pensantes del partido. Y la pujanza de un Imperio que dejaba de ser retórico para convertirse en ansiadamente real se hacía verosímil dentro de una Europa que se desangraba entre potencias enfrentadas ávidas de repartirse el continente (81). El horizonte, entonces, no podía ser más claro: el Imperio como meta, y un nacionalismo absoluto y revolucionario como contrapunto a toda forma de casticismo, a toda manera alternativa de patriotismo (82). Entre estas últimas se contemplaba una final significación implícita en la idea de casticismo: una identidad nacional que se regodease y anclase en formas caducas, inermes y estériles; un patriotismo que mirase a un pasado rancio y que impidiese al Nuevo Estado despegar hacia sus destinos totalitarios, universales e imperiales. Y es que el Movimiento felizmente vencedor tras el desenlace bélico no se proponía la quietud, advertía la prensa del partido, sino la andanza histórica.

«No la pútrida paz del pantano, sino la inquietud fertilizadora de las grandes corrientes fluviales, prudentemente encañaladas por la ingeniería. Cuando damos vivas a la historia de España queremos, en efecto, su vivir; queremos historia viva, y no historia empantanada» (83).

La incontaminada españolidad y las semillas vitales donde residía la esencia de España no podían confundirse con «un estilo rancio, con mostrenco reperto-

(78) TOVAR (1941): 141.

(79) RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS, «Herrera, viviente», *Arriba*, 2 de julio de 1939.

(80) JOSÉ ANTONIO MARAVALL, «Europa o antieuropa. La política exterior como necesidad», *Arriba*, 1 de agosto de 1939.

(81) SAZ (2003): cap. 6. JULIÁ (2004): 324-333. *El Imperio de España*, Servicio de Prensa y Propaganda de FE de las JONS, Ediciones Libertad, 1936.

(82) SAZ (2003): 243.

(83) «En Movimiento», *Arriba*, 20 de junio de 1939.

rio de ademanes caducos, con una antología de embalsamadas ordenanzas, con una colección de estructuras fósiles o de curiosidades de museo o de archivo». De los orígenes se recibía la fuerza de la originalidad, pero el Movimiento era un Movimiento de ida —«Nadie está aquí de vuelta sino todos de ida»—, porque hacer la historia implicaba no reponer ninguna época pretérita. En el teatro del Mundo, a Falange le correspondían papeles revolucionarios:

«Estamos en los preámbulos de la Revolución Nacionalsindicalista, que arrollará a quien intente cruzarse en su camino. Apártese el nostálgico. Enmudezca apegado al privilegio, asilo de su incapacidad o su desidia. Nadie se crea poderoso hasta poder exceptuarse en obediencia estricta a quien nos manda, en la unánime actitud servicial» (84).

Espíritu proyectivo, convicción de la acción e ímpetu para dar pasos hacia adelante que permitiesen llegar, esta vez, a la última gran fórmula mágica de la nación que Falange ambicionaba: la Revolución que España necesitaba. La idea, otra vez, se volvía a incrustar en el ADN del partido. En tanto movimiento y organización fascista, la Falange española recogía la doctrina y la creencia en la revolución pendiente y permanente. El círculo se cerraba, entonces, con el mito autorrecurrente y movilizador de la revolución falangista que, una vez lograda la victoria y en el contexto inaugural de 1939, se debía emprender. «Segunda etapa», se titulaba un editorial de *Arriba* de principios de agosto de 1939 que resumía los ánimos del momento: una vez cumplida la primera etapa al conquistar por completo el suelo patrio gracias a la victoria en la guerra, tocaba emprender el segundo movimiento, la culminación de lo anterior, que no era otra que llevar a cabo la revolución —una revolución en gran parte retórica, pocas veces explicada y siempre exhortada— que conduciría hasta el Imperio (85). Tesis y antítesis de la nación que, recorriendo el camino de ciento ochenta grados que separaba la debilidad caricaturesca de una nación muerta y vacía de otra preñada de exactitud, ímpetu y recogida sobriedad se sintetizaba en la palingénésica, revolucionaria e imperial España falangista.

### 3. CONCLUSIONES

La victoria de abril de 1939 supuso el inicio de la batalla más trascendental de todas, como la denominó un artículo publicado en el falangista *Escuadras* a finales de mayo de 1939: la construcción del Nuevo Estado según los deseos de cada uno de los grupos políticos que conformaban el conjunto vencedor (86). En estas páginas se ha analizado, parcialmente y desde un argumento concreto,

(84) «Estamos de ida», *Arriba*, 27 de junio de 1939.

(85) «Segunda etapa», *Arriba*, 2 de agosto de 1939.

(86) JOSÉ MARÍA SALAS Y GUIRIOR, «Alegría de la Revolución», *Escuadras*, 28 de mayo de 1939.

la mirada que sobre Madrid, y sobre la nación, echaron los primeros falangistas del régimen vencedor. A modo de tensión dialéctica, a un lado se situó el Madrid castizo, ese que se debía eliminar y superar para llegar al extremo contrario del arco: la España de la revolución y del Imperio, la nación escuetamente definida a través de ambos resortes discursivos, movilizadores y plenamente fascistas que encontraría en Madrid una capital acorde con la calidad nacional (87).

A través de exhortaciones y proclamas se desarrolló el discurso anticasticista de Falange. Un discurso resbaladizo que utilizó esta idea —el casticismo— como evidencia de buena parte de los males que asolaban a la capital y al país. El intento de este artículo ha sido analizar el significado, relativamente polisémico, que tuvo este concepto. No parece estar de más resumir qué alcance le dieron quienes lo utilizaron en profunda crítica contra la España existente, un alcance que se puede resumir en tres ideas principales.

En primer lugar, y ante todo, el casticismo sirvió para significar uno de los posibles caminos en los que podía desembocar el ser nacional. Era, en este caso, la forma trágica y depresiva de España, la forma centrada en la españolería bufa, ligera, tipista y folklórica. La forma excesiva y, al mismo, tiempo, vacía; la manera de conformar una España que, a base de no ver más allá de su propia caricatura, y centrada de forma narcisista en sus superficiales banalidades, carecía de ímpetu, fuerza y proyección. Era una forma de ser inherente, por tanto, al repertorio nacional de España. En ello estribaba el peligro, en que constituía una tentación y una posibilidad. Y era desde esta angustiada realidad de donde partía gran parte de la crítica que los falangistas realizaban.

Existía, sin embargo, una segunda y simultánea aceptación de la común idea de que, en última instancia, los males que asolaban al país provenían de la perversión extranjera. El casticismo, sí, era obra de la exacerbación hasta la deformación de lo español pero, dentro del discurso falangista, esta deformación resultaba ser la consecuencia de la invasión foránea. En este caso, el casticismo era obra de agentes que, viniendo de fuera —Rusia, Francia o, simplemente, un más allá de los límites de Madrid—, maleaban el alma de la ciudad y del país. Así ocurría, por ejemplo, cuando el Madrid amparado bajo la meseta de Castilla, y al que correspondían las sobriedades propias de su esplendor imperial escurialense, se veía trasmutado en folklórica caricatura gitana y flamenquista, excesiva y romántica, tras la inundación de unos imprecisos arrabales que vomitaban sobre la ciudad. Porque la nación se concebía constituida a base de las esencias representadas en Castilla. También se producía el alejamiento de la quintaesencia nacional cuando la nación y la urbe se rusificaban y bolchevizaraban. En este caso, la deformación del país se sentía en esa imagen del Madrid castizo entendido como sinónimo del Madrid marxista que, a su vez, equivalía

---

(87) Sobre la característica típicamente fascista de acudir a conceptos movilizadores no necesariamente desarrollados desde un punto de vista teórico se ha insistido en la presentación de este dossier. A ella remitimos.

a una ciudad plagada de mugre, cochambre, suciedad física y moral, de obreros y mujerzuelas representando la chabacanería de los fondos inmundos. Era el peligro del casticismo comprendido como sinónimo de su condenable politización, como equiparable, y aquí empezaba una tercera asociación de nuestro concepto, al Madrid miliciano y republicano. La metáfora francesa —esa que recuperaba la toma de la Bastilla para condenar las movilizaciones masivas— permitía ahondar en esta imagen del Madrid de la República, atravesado de muchedumbres, de plebe en continua efervescencia y de chusmas en histórica movilización. La vileza de un sujeto colectivo ideológicamente activo e histriónicamente dispuesto para la acción era, también, otra de las connotaciones que adquiriría el casticismo. Junto a ella, toda la retahíla implícita a la idea: harapos, suciedad, inmoralidad...

En estos diferentes significados estribaban los males del país, tan expresivamente representados en la capital, que, a partir de 1939, podían ser conjurados. El argumento que se ha expuesto aquí ha partido del diagnóstico y la descripción de la deriva casticista para, a continuación, subrayar que tras la crítica, se hallaba la solución. Porque, frente a la españolería bufa y excesiva, el discurso de Falange contraponía la sobriedad y la seriedad; frente a la nación vacía y vuelta sobre su misma caricatura, el ímpetu y la voluntad como motores nacionales; frente al extranjerismo y la invasión, la España exacta y esencial con trasfondo castellano. Por último, frente al casticismo de la chusma y la plebeyización, los fascistas españoles proclamaban la nación falangista, revolucionaria e imperial, plena de violenta ideología. Porque, y con esto llegamos al final, de ideología se trataba: de enlazar eficaces latiguillos y de repetir palabras clave capaces de funcionar como agentes movilizados que, independientemente de su posible traducción a la capital (y al país) de carne y hueso —una traducción que, a pesar de no haber formado parte del argumento expuesto, existió—, actuaban como armas de combate en unos tiempos de dictadura y revancha posible.

#### 4. BIBLIOGRAFÍA

- ALARES LÓPEZ, GUSTAVO (2011): «Ruralismo, fascismo y regeneración. Italia y España en perspectiva comparada», en *Ayer*, 83 (3), pp. 127-147.
- ANDREU MIRALLES, XAVIER (2004): «La mirada de Carmen. El mite oriental d'Espanya i la identitat nacional», *Afers. Furs de recerca y pensament*, 48, pp. 347-367.
- ARÓSTEGUI, JULIO (1995): «La Castilla organicista. El liberalismo que no pudo ser», en A. GARCÍA SIMÓN (ed.), *Historia de una cultura. Las Castillas que no fueron*, Valladolid, Junta de Castilla y León.
- BIDAGOR, PEDRO (1939): «Plan de ciudades», en *Texto de las sesiones celebradas en el Teatro Español de Madrid por la Asamblea Nacional de arquitectos los días 26, 27 y 28 de junio de 1939*, Madrid, Servicios Técnicos de FET y de las JONS, Sección de Arquitectura.

- BORRÁS, TOMÁS (1939): *Checas de Madrid*, Madrid, Ediciones Españolas.
- BOX, ZIRA (2008): *La fundación de un régimen. La construcción simbólica del franquismo*. Tesis Doctoral. E-Prints, Universidad Complutense de Madrid.
- (2012): «El cuerpo de la nación: anticasticismo y castellanismo en el discurso falangista radical de la inmediata posguerra», *Revista de Estudios Políticos*, n° 155, pp. 147-177.
- CALERO AMOR, ANTONIO MARÍA (1991): «Castilla en la ideología franquista», en ENRIQUE LÓPEZ CASTELLÓN (ed.), *Historia de Castilla y León*, tomo X, Madrid, Editorial Páramo.
- CAMBA, FRANCISCO (1940): *Madridgrado*, Madrid, Ediciones Españolas.
- CASTILLO CÁCERES, FERNANDO (2010): *Capital aborrecida. La aversión a Madrid en la literatura y la sociedad del 98 a la posguerra*, Madrid, Editorial Polifemo.
- COLMEIRO, JOSÉ F. (2003): «El Oriente comienza en los Pirineos (la construcción orientalista de Carmen)», *Revista de Occidente*, 264.
- CHABÁS, JUAN (2001): *La literatura española contemporánea, 1898-1950*, Madrid, Editorial Verbum.
- D'ORS, VÍCTOR (1938): «Confesión de un arquitecto», *F.E. Doctrina del Estado nacionalsindicalista*, núm. 2.
- DE FOXÁ, AGUSTÍN (1973) [1938]: *Madrid, de Corte a Checa*, Madrid, Prensa Española.
- DE TERÁN, FERNANDO (1978): *Planeamiento urbano en la España contemporánea. Historia de un proceso imposible*, Barcelona, Gustavo Gili.
- EL IMPERIO DE ESPAÑA (1936): Servicio de Prensa y Propaganda de FE de las JONS, Ediciones libertad.
- FREESTONE, ROBERT (2000): *Urban planning in a changing world: The twentieth Century experience*, Nueva York, E&FN Spon.
- GIMÉNEZ CABALLERO, ERNESTO (1944): *Madrid nuestro*, Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular.
- (1983) [1932]: *Genio de España*, Madrid, Planeta.
- IDEAS GENERALES SOBRE EL PLAN NACIONAL DE ORDENACIÓN Y RECONSTRUCCIÓN (1939): Madrid, Servicios Técnicos de FET y de las JONS, Sección de Arquitectura.
- JULIÁ, SANTOS (2004): *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus.
- LAÍN ENTRALGO, PEDRO (1943): *Sobre la cultura española: confesiones de este tiempo*, Madrid, Editora Nacional.
- LARRINAGA RODRÍGUEZ, CARLOS (2002): «El paisaje nacional y los literatos del 98: el caso de Azorín», *Lurralde*, 25, pp. 183-196.
- LUCENA GIRALDO, MANUEL (2006): «Los estereotipos sobre la imagen de España», *Norba. Revista de Historia*, Vol. 19, pp. 219-229.
- MAINER, JOSÉ CARLOS (1971): *Falange y literatura*, Barcelona, Labor.
- (1998): «De Madrid a Madridgrado (1936-1939): la capital vista por sus sitiadores», en MECHTHILD ALBERT (ed.), *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*, Madrid, Editorial Iberoamericana.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, EDUARDO (1998): *Imagen del paisaje. La generación del 98 y Ortega y Gasset*, Madrid, Cajamadrid-Obra Social.

- MIQUELARENA, JACINTO (1938): *El otro mundo*, Burgos, Imprenta Aldecoa.
- MORALES MOYA, ANTONIO (2005): «La interpretación castellanista de la historia de España», en ANTONIO MORALES MOYA y MARIANO ESTEBAN DE VEGA (eds.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons.
- NÚÑEZ FLORENCIO, RAFAEL (2001): *Sol y sangre. La imagen de España en el mundo*, Madrid, Espasa-Calpe.
- NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ MANOEL (2006): *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons.
- ORTEGA CANTERO, NICOLÁS (2002A): «La valoración institucionista del paisaje de la sierra de Guadarrama», en NICOLÁS ORTEGA CANTERO (ed.), *Estudios sobre historia del paisaje español*, Madrid, UAM.
- (2002B): «Paisaje e identidad nacional en Azorín», *Boletín de la A.G.E.*, 34, pp. 119-131.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ (2004) [1914]: *Vieja y nueva política*, Obras Completas, vol. 1, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset.
- (2005) [1922]: *España invertebrada*, Obras Completas, vol. 3, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset.
- PALACIOS, ANTONIO (1939): «Hacia el Madrid del año 2000», *Horizonte*, agosto, pp. 1-5.
- PEMÁN, JOSÉ MARÍA (1958): *De la entrada en Madrid. Historia de tres días (27, 28 y 29 de marzo)*, Cádiz, Editorial Verba.
- PEMARTÍN, JULIÁN (1941): *Teoría de la Falange*, Madrid, Editora Nacional.
- PRIMO DE RIVERA, JOSÉ ANTONIO (1971): *Obras*, Madrid, Editorial Almena.
- RAND, MARGUERITE C. (1956): *Castilla en Azorín*, Madrid, Revista de Occidente.
- SAMBRICIO, CARLOS (ed.) (2003): *El Plan Bidagor, 1941-1946: Plan General de Ordenación de Madrid*, Madrid, Consejería de Obras Públicas, Urbanismo y Transporte.
- SAZ CAMPOS, ISMAEL (2003): *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons.
- (2009): «Las Españas del franquismo: ascenso y declive del discurso de nación», en CARLOS FORCADELL, ISMAEL SAZ y PILAR SALOMÓN (eds.), *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, PUV.
- SERRANO, CARLOS (1995): «Castilla en cuestión», en A. GARCÍA SIMÓN (ed.), *Historia de una cultura. Las Castillas que no fueron*, Valladolid, Junta de Castilla y León.
- TOVAR, ANTONIO (1941): *El Imperio de España*, Madrid, Afrodisio Aguado.
- TRANCHE, RAFAEL (2007): «El frente y la ocupación de Madrid a través de la propaganda cinematográfica del bando nacional en la Guerra Civil», *Cuadernos de Información y Comunicación*, vol. 12, pp. 95-118.
- UNAMUNO, MIGUEL (2005) [1902]: *En torno al casticismo*, Madrid, Cátedra.
- VARELA, JAVIER (1999): *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus.